

**Lliçó de graduació pronunciada per Miquel Roca i Junyent
en l'acte de graduació de màsters i doctorats de
la Universitat Pompeu Fabra**

1 de juliol del 2011

“I ara, què?”

Senyor rector, estimats companys i companyes, professors i professores i, sobretot, els que avui us gradueu i doctoreu,

Si no m'erro, parlo davant de gent procedent de trenta-sis nacionalitats diferents —Déu n'hi do!—, i per tant us demano que em permeteu, i que s'entengui, que en un acte com el d'avui pronunciï en castellà molt bona part d'aquesta intervenció.

Normalmente hablamos catalán. Es nuestra lengua.

¿Por qué este título de “¿Ahora qué?”? En un acto de esta naturaleza, en el que se celebra el punto final de vuestra formación, normalmente uno puede caer en la tentación de dar consejos o incluso de expresarse en términos de “os hablo desde la experiencia”. No, no os voy a dar ningún consejo ni os hablaré desde la experiencia. Os hablaré desde la envidia, desde la sana envidia.

Porque lo que quiero deciros es que sois unos privilegiados. Muchas generaciones anteriores a las vuestras no pudieron acceder al nivel de formación que vosotros hoy habéis alcanzado. Y vosotros sabéis que muy normalmente se dice, especialmente en estos momentos, que pesa sobre vuestras espaldas una gran responsabilidad de futuro, y se os amenaza con una realidad muy ingrata: no viviréis como vuestros padres.

Pues bien, yo vengo a decir que no es verdad. Lo que pasa es que aquí hay un problema, y es que no se ha explicado bien lo que esto ha representado. Esta misma universidad tiene ahora veintiún años de historia. Antes, no es tan solo que no existiera la Pompeu Fabra, sino ni tan siquiera había más opciones académicas. Y en muchos de vuestros países ocurría lo mismo. Había una realidad muy ajustada. El mundo, no hace tantos años, había salido de una gran Guerra Mundial. Yo, que tengo cierta edad, pero tampoco tanto, nací bajo las bombas de Hitler. ¿Sabéis quién era Hitler? Pues yo nací bajo las bombas de Hitler... Y muchos de vuestros abuelos vivieron —en España y seguramente también en vuestros países— lo que fue el racionamiento, la carestía de vida, ¡el hambre!, la dificultad para sobrevivir. Luego ya hubo unas generaciones que se aprovecharon de este bienestar, pero que no tuvieron sin embargo las posibilidades de acceder a la misma formación que vuestra generación ha podido tener. Y, ellos, vuestros padres, lo que hicieron fue, colectivamente, como generación —cada caso es un mundo y no lo puedo generalizar—, pero,

como generación, lo que hicieron fue enormes sacrificios para ayudar a vuestra propia formación.

En todo caso, vosotros habéis recibido de vuestros padres una ayuda que ellos no pudieron recibir de sus padres. Por tanto, cuando lleguéis a casa esta noche, si tenéis cerca a vuestros padres —y si no les llamáis— abrazadlos y decidles *muchas gracias*, pero acto seguido reñidles un poco, dadles una pequeña reprimenda: ¿Por qué no nos habíais explicado que esto era así? Porque ahora, cuando vosotros termináis esta formación, os encontráis ante una situación que se califica de incómoda. Pues yo os digo: la situación es incómoda y dura, y vais a profesionalizaros en un ambiente de dificultad, pero estáis mucho más preparados para soportar esta crisis que todas las generaciones que os precedieron. Me dais envidia, primero porque sois jóvenes, pero sobre todo porque vais a estar mucho más preparados.

Ciertamente, una vez dicho esto, debo deciros que la formación no termina hoy, sino que la formación dura siempre. El mundo cambia a una rapidez tan brutal, tan enorme, a una rapidez tal que cuando accedes a un conocimiento éste ya es caduco. Si hubiera aquí alumnos de Derecho que hayan estudiado algún master en el campo del derecho, sabrían que tenemos una jurisprudencia tan lenta, tan lenta, que cuando nos dice la jurisprudencia cómo hemos de interpretar un artículo concreto, éste ya ha sido derogado seis veces. Por tanto, el mundo cambia a una gran rapidez, y vuestras técnicas, vuestros conocimientos, deberéis seguir actualizándolos permanentemente.

Puede que esto os resulte incómodo, que no os apetezca seguir estudiando. Vais a seguir estudiando de otras maneras, con otros estilos, con otras exigencias, pero vais a seguir estudiando, porque no os queda más remedio. Tengo setenta y un años, y a mis setenta y un años me toca estudiar cada día nuevas cosas para poder ejercer mi profesión. ¡Claro, vais a salir deprimidos si pensáis que incluso hasta esta edad vas a tener que seguir estudiando! Sin embargo, ¿sabéis cuál es la gran riqueza de la humanidad en el futuro? Nadie lo discute: es el talento. El elemento que os hará más capaces de realizaros a vosotros mismos y de aportar a un proyecto colectivo algo especial de vuestra propia personalidad es el talento. No lo podéis desaprovechar. Aquí se ha formado una masa talentosa, se ha formado una masa talentosa pero que tiene que ser constantemente actualizada y pulida.

Este gran activo del talento que vosotros habéis podido conformar aquí os ha dado, de verdad, en un futuro incierto —porque para qué vamos a decir que va a ser un futuro espléndido— el bagaje más importante con el que enfrentaros a esta situación. Incluso, si me los permitís —no os voy a dar consejos, porque ya he dicho que no lo haría—, os voy a hacer una petición, y es que me gustaría que adquirierais el compromiso de retornar parte de este talento a la sociedad que lo ha hecho posible, entendiendo la sociedad como la humanidad.

A veces hay algunos padres —quizá algunos estén por aquí, no puedo identificarlos, pero están aquí— que dicen: “Sí, pero si mi hijo ahora no encuentra trabajo aquí, tendrá que irse a otro sitio a trabajar”. Perdonad, pero

el mundo es global, y no se va a limitar a que en él circulen únicamente mercancías y capitales. Van a circular también los recursos humanos. Lo importante es que allí donde estéis vuestra actividad se comprometa con el progreso colectivo, porque en todas partes puede hacerse un esfuerzo de progreso colectivo y de solidaridad.

Hoy es para vosotros un día espléndido, de gran satisfacción y de reconocimiento por todo esto que habéis podido asumir con vuestro esfuerzo. No hay nada en el futuro que pueda conseguirse sin esfuerzo, ni sin sacrificio, ni sin dedicación, ni sin intensidad. Nada, nada, nada, nada. Pero no porque haya crisis; no, es que sin crisis también. Lo que vosotros habéis hecho para conseguir vuestros títulos ha requerido un esfuerzo. Para unos más, para otros menos, y algunos puede que penséis que tampoco os ha costado tanto, pero a todos os ha costado un esfuerzo. Y a los que creéis que no os costado mucho esfuerzo, que sepáis que a partir de ahora tendréis que esforzaros mucho. Porque esto es así; se nos está exigiendo que retornemos a la sociedad toda nuestra capacidad, todo lo que tenemos, porque sólo entre todos la construiremos, y cuando digo *entre todos* no me refiero únicamente al ámbito local, sino también al ámbito global. Ya nada os puede resultar indiferente.

En estos másters están representadas treinta y seis nacionalidades. Treinta y seis. Unos irán a un sitio, otros irán a otro. Os volveréis a encontrar, o volveréis a encontrar nueva gente, de nuevos mundos, de nuevas sociedades, con la que podéis coincidir en muchas cosas, sobre una base fundamental, sobre la base del talento, sobre la base de vuestro conocimiento, sobre la base de vuestra formación. Yo lo que os quería decir —y estoy contento porque me lo habéis dejado decir— es que salgáis del acto de hoy con un convencimiento, que además es justo: sois unos privilegiados. Muchos querrían tener la formación que vosotros tenéis para enfrentarse a este mundo. Muchos. Y esto es un esfuerzo que vuestras familias tienen derecho a saber que reconocéis; y también les tenéis que decir que durante mucho tiempo quizá os han ocultado que esto también para ellos era un sacrificio enorme; pero en realidad tampoco era necesario que todo fuera tan fácil, ya os lo podían haber explicado que esto era un tanto difícil y que ellos también habían pasado etapas muy complicadas en su vida, en todos los países, seguro, seguro.

Os deseo lo mejor; esto no tiene por qué ser una lección académica, porque esto es absurdo. El que quiera una lección académica que se compre un librito que han publicado ahora, que es *La economía de la felicidad*, que no está mal, es muy fácil de entender y es un buen libro; pero bueno, para deciros que seáis felices, pues en este librito se matematiza una fórmula, os la aplicáis y vais a ser felices... Sin embargo, yo prefiero deciros que sepáis que tenéis un bagaje muy importante, pero que tendréis que actualizarlo; que con este bagaje podéis salir adelante, si bien será difícil —a nadie le ha resultado fácil—, y que lo más grave es que no se ha explicado que para todos ha sido difícil, y no os penséis nunca que os enfrentáis a la situación más mala de la historia de la humanidad.

Si os queréis consolar, y con esto termino, hay una cosa que tiene que ser clara para vosotros: la historia de la humanidad es una historia de progreso. Si lo miráis en perspectiva, la historia de la humanidad es siempre una proyección

de progreso. Por tanto, aplicad el talento a esto, disfrutad; y en todo caso, cuando se produzca una situación de desánimo —porque la habrá—, recordad que el día en que os graduasteis había uno que con una ingenuidad enorme os decía que os tenía envidia —¡qué sabrá él!—. Pues incluso aquel día, si yo sigo viviendo, pensad esto: os seguiré teniendo envidia.

Mucha suerte y ánimos